

De nuevo sobre la técnica

Oscar del Barco

a –

Según Heidegger la técnica es en su esencia desocultamiento (*alétheia*) del Ser (de la técnica como “peligro” de la que “sólo un Dios puede salvarnos”, ya que a falta de ese Dios nos “hundimos...”). Además afirmó que “consideramos ‘la técnica’ en un sentido tan esencial que equivale al de ‘la metafísica cumplida’”). Aceptémoslo. La técnica (del *hombre*) es técnica del Ser: el hombre (ente que se sabe) manipula técnicamente al ente-ser y el Ser se manifiesta en el hombre como forma-técnica. Lo puesto en juego no son los objetos técnicos sino lo que llama “la esencia de la técnica”: la que no es algo técnico, así como la esencia de un árbol no es un árbol. La “iniciativa” no es del hombre sino del Ser. En realidad el “hombre” va siendo desplazado y subsumido por la técnica, vale decir que ésta deja de ser un atributo o una cualidad del hombre (en su consideración metafísica) para ser su *forma* (como manifestación) primordial en cuanto Sistema. Desde la producción del fuego, la creación del arco, de la cerámica, del bronce, del arnés, de la vela, de la escritura, de la imprenta, de la máquina a vapor, de la electricidad, de la energía atómica y de cientos de otros inventos, se ha desarrollado lo que podemos llamar el *mundo-técnico*. En una primera aproximación es, como lo llamó Marx, “mundo-humano”; más esta determinación oculta lo más profundo: lo humano como *apertura* y la esencia de la técnica como no humano-instrumental (la técnica es un instrumento y es *más* que un instrumento: es manifestación del ser. La técnica, así, como *mundo* y simultáneamente como *hombre*. No existe un hombre que desde fuera de la técnica la realice sino que la técnica realiza al hombre que con-forma la técnica. Hay

una co-pertenencia apropiativa esencial entre hombre (en proceso de sub-sunción técnica cuyo telos es la apropiación total) y ser. El animal con *logos*, lenguaje, pensamiento, o conciencia, vale decir como lo *abierto* a la manifestación *del Ser*, es construido por el mundo y construye el mundo: *es mundo del Ser*, o, mejor, mundo-Ser. Pero esa construcción técnica va des-construyendo-destruyendo al animal-logos, lo va despojando precisamente de logos, espíritu, pensamiento, y la “construcción” técnica comienza a funcionar o tiende progresivamente a funcionar sola, convirtiendo a su “creador” (entendido metafísicamente) en un instrumento de sí misma (o algo-mundo paralelo). Este proceso de sustracción-reificación-alienación que realiza el animal-logos (hombre) lo despoja al animal-logos de su logos (*espíritu*) convirtiéndolo en una *cosa*, pero una cosa con un “logos” convertido en instrumental (agresivo-destructivo), en un tipo particular de animal-logos sin logos (el logos se retira dejando su forma), sin conciencia-de-sí. Es claro que todo sucede *en y como* naturaleza-Ser. Los “últimos hombres” presenciarán el fin del animal-logos, y al desaparecer tal vez comience una edad del Ser sin Ser-hombre (*Ereignis*), o más allá u otro-que-hombre. La técnica del mundo humano se desprende del hombre como centro de decisiones (empíricas) y lo convierte o lo vuelve instrumento de su propio accionar sin finalidad definitiva, vale decir sin que sus movimientos apunten a un fin o un objetivo esencial extraño. El saber se traslada a la máquina, sostenía Marx. Y este es otro punto central: la hipertrofia de la máquina-técnica reifica al mundo volviéndolo *cosa-técnica* y simultáneamente enajena al hombre. En la actualidad esta es la evidencia misma. La técnica como *creadora* de mundo se mueve en un espacio descontrolado, rígidamente racional y simultáneamente desprovisto de razón: utiliza la super-racionalidad que le es propia para destruir la selva amazónica, por ejemplo, pero esta destrucción es i-racional en relación con la subsistencia de la *vida* en la tierra. El hombre es despojado de su logos-espíritu y a su vez está condicionado para aceptar este despojo como algo natural y deseable. Las computadoras, la televisión, los teléfonos celulares... ocupan de manera creciente gran parte de su tiempo, y la técnica presenta este hecho como un triunfo del *espíritu*. También la injerencia en la intimidad de la vida, como el

“peligro” tal vez mayor que representa la técnica, es presentada como lo que “salva” (la *trasparencia total exhibida como felicidad*). Se produce un juego siniestro de verdad-mentira, se presenta a la técnica por su lado llamémoslo positivo, mientras que se oculta el lado que es mortal para los seres humanos. Se celebra el código genético pero se ocultan las consecuencias negativas que puede producir su manipulación. Los desechos tóxicos, los gases tóxicos, el agostamiento de la tierra, la tala de los bosques, la extinción de las especies, son presentadas como un avance en el “dominio” de la naturaleza (lo que presupone considerar a la naturaleza como algo pasivo-negativo que debe *dominarse* sometiéndola al exclusivo interés humano; es en este sentido de *dominación-extinción* que Hans Jonas plantea como contrapartida la necesidad (utópica a mi juicio) de una geo-ética). La sociedad-humana se vuelve progresivamente un puro *mecanismo* ajeno o expulsado de la toma de decisiones, o donde las decisiones son fruto de la “lógica” enloquecida del propio *sistema*. No se trata de un círculo vicioso o virtuoso, porque no hay intencionalidades trascendentes. Se trata de lo que hay, llamémoslo ser o naturaleza. Y el mecanismo de lo que hay es el azar y el determinismo. Al azar pertenece el acontecimiento, y al determinismo la lógica. El azar destruye el determinismo y a su vez el determinismo somete el azar a su lógica dialéctica como negatividad inmanente. Ser-naturaleza-hombre están co-apropiados; vale decir que el Ser es Ser del hombre y el hombre es hombre del Ser, o: no hay hombre sin Ser y no hay Ser sin hombre [¿de qué hablaríamos si habláramos de un ser-sin-el-hombre? ¿de Dios? Pero de *eso* (in-humano) no podríamos *decir nada*; ningún concepto, ningún atributo se le puede aplicar. *Ser* sin el hombre es igual a nada decible, pensable o imaginable. ¿Se puede querer-desear *eso* -y decir “eso” ya es una extralimitación-? ¿Se puede un desear puro, sin contenido? ¿Se puede un deseo vacío absolutamente?]. Esto (en cuanto se nombra el *Acontecimiento* como nombre de la esencial *apropiación* mutua de Ser y hombre; digamos ahora: uno-ser-hombre) en su movimiento es lo que llamamos dialéctica, el paso de lo distinto en lo mismo. El Ser se manifiesta Ser en el hombre que es (exactamente no *es* sino *hay*) Ser-lenguaje. La objetivación, reificación y alienación técnica son el acontecer de esa co-pertenencia [en *El abandono de*

las palabras (1994), consideré así lo *Ereignis*: en referencia a J.-L. Marion digo que “deja de lado aquí el problema, esencial en el último Heidegger, de la donación (*es gibt*) y del *Ereignis*”; “el pensamiento de Heidegger culmina en lo *Ereignis*”, que Heidegger compara con el *tao*: “que no es el nombre de algo existente”; lo *Ereignis* como lo más “*Enigmático*”, lo “inaccesible”, “misterioso”, etcétera. En cuanto al *es gibt*: para Heidegger ese *lo* o *se* (el *es* alemán) neutro *dona* lo donado: el habla como lo abierto que la posibilita, ya no como casa del ser, pues el mismo ser ha caído y habría que decir, tal vez, *vacío*. Agregaba en mi texto: “Aquí yace la posibilidad de superar la inextricable dificultad de decir lo imposible: de decir ‘el ser es’ diciendo ‘hay ser’ (da-ser, deja-ser, dona-ser). El *se* del *se* (da) del *es gibt* es *ello...* el *se* que dona; el *ello-es* que dona es comprendido como *Ereignis*: *das Ereignis ereignet*: la *coapropiación* apropia el ser y el hombre, el *acontecimiento hace acontecimiento* o *acontecimientea* (lo que es gramaticalmente in-decible), el apropiamiento apropia” -p. 234-. Recordemos que en *Tiempo y ser* Heidegger afirma “Enigmático sigue siendo, pues, el Se (el neutro Ello, lo, Eso...), y nosotros mismo seguimos estando perplejos...” -ed. Tecnos, p. 37-]. ¿El *logos* entendido como el movimiento del Absoluto-ideal y no como un Dios personal y legislador del Logos? Ni inmanencia (la que presupone una trascendencia) ni trascendencia (la que presupone una inmanencia), sino un *lo* “trascendental”, incognoscible *presupuesto* de la inmanencia-trascendencia. Este es (al margen de si nombrarlo no implica imponer un imposible: ¿lo *último*: lo *Ereignis*, o habría, como señala N. Corona, un “último” más allá de lo *Ereignis* (¿cómo saberlo sin una *fe*? ¿En última instancia la “donación” no implica necesariamente la idea de un donante, de un “dios” o una X que otorga el *don*?); o mejor, dicho lisa y llanamente, no hay *último*, no puede haber un *último* que clausure el *hay* y, por lo tanto esta imposibilidad de clausura en un *último* llevaría al *silencio*. [Que al hombre le es *dado* mundo significa que el hombre no lo constituye (pero si no hay hombre *y* mundo-ser, como dos espacios, sino hombre-ser-mundo en unidad de co-apropiación, ¿cómo hablar de *dado* si se trata de la unidad de lo mismo? La donación efectiva remite a un in-humano que no puede determinarse como un Dios ni como nada, pero subsiste como

apertura fuera de la constelación humana o, en otras palabras, permanece no-decidible)]. En el escenario, digamos, de la técnica, en cuanto lo humano de lo in-humano y lo in-humano de lo humano, se trataría de ver todo como el desarrollo de un espectáculo cuyo autor, actor y espectador es ese *lo* “trascendental” (una suerte de gozne -digamos- entre el límite de lo empírico y el albor de *lo* “Inaccesible”). Ser-hombre imbricados en una dialéctica que no culmina en un Saber absoluto sino que persiste interminable en la dinámica de sus stasis. Despojada del Saber la dialéctica se vuelve fenomenológica y hace de la contradicción y de la paradoja su *forma*. La recurrencia de Heidegger a un Dios (“sólo un dios puede salvarnos”: tal vez sería mejor decir “podría”, lo que vuelve cada vez más ilusoria la manifestación posible de un “dios”) es la recurrencia al *eso* trascendental y a la posibilidad de un imposible Acontecimiento. Imposible por imprevisible, y no por su nulificación. Acontecimiento de lo *otro* que hombre-ser-mundo... Pero ¿un Dios? Nada más lejano (ido, huido o muerto) que un “Dios” entendido en su acepción común. [En *Identidad y diferencia* Heidegger habla de un “retroceso eventual, esto es, imposible de llevar a cabo sólo por el hombre, del mundo técnico desde su papel dominante a la servidumbre...” (p. 89, ed. Anthropos); ¿en lugar de “retroceso” hoy podríamos hablar tal vez de un *avance trágico* de la técnica? ¿si le es posible “retroceder” puede también avanzar?].

Si la *técnica* (en cuanto manifestación) pertenece a una edad del Ser y éste es co-apropiado-hombre, la supresión del hombre por la técnica arrastraría la supresión del Ser (término final posible de lo *Ereignis*) o su inercia (ya que el Ser no puede aniquilarse). Dicho de otra manera: el “ya no hombre” nietzscheano (pero teniendo en cuenta que el “ya no hombre” del *Zarathustra* se da en forma superior mediante una “revelación” y no mediante la supresión, ya sea ésta conceptual o técnica) como culminación del acaecer técnico traería la destrucción del lenguaje del Ser y del Tiempo, en síntesis, de ese lenguaje original que es presupuesto del lenguaje, y así lo que caería es lo *Ereignis* en cuanto implica la co-pertenencia del ser y del hombre (dejando abierta la posibilidad-imposible de pensar un donante no-humano de lo *Ereignis*) ; la técnica cortarí la relación ser-hombre volviéndose pura destrucción del hombre y retiro (huida) del Ser.

Sin hombre y su correlato el Ser, la técnica a su vez se auto suprime: si no hay ser sin el hombre (el ser necesita lo abierto-hombre para su manifestación como ser) el “ya no hombre” arrastra necesariamente al ser (¿el “más allá del ser” platónico podría ubicarse en este punto?), pero al no haber el acaecer ser-hombre ¿cae también el *lo* de lo *Ereignis*? Si decimos que el acontecimiento-acontecimientea podemos preguntar por el *qué* del acontecimientea, o decir acontecimiento-acontecimiento, o callar esencial ante ese o eso *lo* “Inaccesible”... Este es el *abismo* (: sin fundamento) de la técnica, su positividad esencial en cuanto manifestación del Ser y su negatividad auto consumiéndose. Nihilismo realizado del yo, del mundo y de Dios. ¿Inicio del “nuevo comienzo” o silencio? El silencio no *dice*, sólo deja un *lo*, o lo *abierto*, la posibilidad del *lo* posible-imposible. Este sacrificio del *Ser* que sacrifica el “todo” (del Ser-habla o Ser-hombre y mundo) cierra toda posibilidad de un decir con sentido y de toda determinación conceptual. Este puede ser el destino último de la técnica. No obstante el hombre que “habita poéticamente” puede mantenerse en expectativa: los dados están arrojados pero el acontecer azaroso no ha sido suprimido y más bien lo que reina es la espera, una espera ontológica, pero paradójicamente... *de nada*. La espera no espera nada. No hay “salvación” posible... y no obstante hay expectativa, asombro, incluso de la tragedia del suceso final o *último* (¿pero cómo saberlo sin revelación?). ¿Hay un *después* de la co-apropiación ser-hombre: *Acontecimiento*? ¿El Acontecimiento (es) un don imposible por falta de donante? Si se trata de lo in-humano ¿cómo afirmar o negar que haya donante? ¿Cómo saberlo si el final es nuestro final y el Acontecimiento es lo incognoscible? Dicho de otra manera: sin Ser ¿hay Otro? ¿Hay más-allá-del-Ser? Esta es la desolada e imposible pregunta de la muerte. ¿Lo *Ereignis* puede terminar al faltarle Ser-Hombre, o puede mutarse pasando de un ser a una *vida* en una posible archi-*Ereignis*? (en tal caso: abandono: mudez). Recurramos de nuevo a Heidegger: habla del “frenesí de la técnica” y dice que “no existe rincón de la tierra en el que hoy el hombre pueda vivir” (tomemos esto como un énfasis metafórico) y junto con René Char afirma “que esto es el fin”... “salvo que el pensar y el poetizar logren una potencia sin violencia”. Esta última afirmación hoy suena como utopía del hombre que trata

al menos imaginariamente de salvarse del “hundimiento” (en *El abandono de las palabras*, cit., p. 178, con breves agregados). Para Heidegger comúnmente se piensa que “la técnica en su ser es algo que el hombre domina” mientras que para él, como lo dice tajantemente, “La técnica en su ser es algo que el hombre mismo no domina”; esta afirmación está acorde con su idea de que el peligro de la técnica no son los *objetos técnicos*, con los cuales es posible convivir a partir del cuidado, sino que el peligro radica en el ocultamiento-desconocimiento de su *esencia* como manifestación del Ser. De allí (a) su afirmación de que la técnica no depende del hombre mientras que el hombre sí depende de la técnica; y (b) su recurrencia al Dios como posible salvador. Si dios no aparece el peligro deja de ser peligro y deviene realidad. En *Serenidad (Gelassenheit)* dice que “Ningún individuo, ningún grupo humano, ninguna comisión, incluso compuesta por los más eminentes hombres de Estado, sabios o técnicos, ninguna conferencia de los dueños de la industria y de la economía, puede frenar o dirigir el desarrollo histórico de la edad atómica. *Ninguna organización puramente humana está en condiciones de tomar el control de nuestra época*” (yo subrayo). Pero, dice, el verdadero peligro no es la bomba atómica sino que la saturación de objetos técnicos lleve a “la indiferencia hacia el pensamiento”, porque entonces el hombre “negaría y rechazaría lo que tiene de más propio, a saber, *que es un ser pensante*. Se trata, pues, de salvar esta esencia del hombre. Se trata de mantener despierto su pensamiento” (yo subrayo). ¿El “peligro” de la técnica es para el hombre la pérdida del “pensamiento” considerado aquí como su “esencia”? ¿El “pensamiento” como lo abierto o el *ahí* de la manifestación del Ser? También para Marx, en otro contexto y con otro lenguaje y sentido, la técnica del sistema-capitalista implica la alienación del hombre en un mundo reificado donde su esencia, como creador de mundo, se pierde en una cosificación total. La necesidad del Dios en la que insiste Heidegger y su ausencia real producen la indigencia y el peligro creciente de nuestra edad histórica.

b –

Lo que está en juego es el afuera del desesperado juego de la dialécti-

ca, su oculta negatividad negando la hipóstasis final de la reconciliación, digamos, de la inmanencia realizada. El afuera escapa a toda razón, incluso a la Razón, dejando sólo la *posibilidad* de un *posible* que es inaccesible conceptualmente, el resquicio doloroso de la posibilidad del “salto” llamado “intuición intelectual” en el idealismo alemán (el “pistoletazo” del que se burlaba Hegel), un afuera de toda racionalidad y la consecuente intuición de ese *afuera* como Espíritu o Dios (el dominio imperante de la “fe”). El “salto” místico-poético es un salto sin fundamento: no puede de ninguna manera universalizarse, o su universalización es un puro decir/abstracto religioso. Su realización, su tocar, es imaginario, y, en última instancia, delirante. El Otro absoluto, el más allá del Ser o del Dios, pertenecen al orden de la creencia (*creo* en Dios significa también un oculto *no creo...*); (si digo “creo” es porque ese Otro no puede rendir cuentas de su ser, es, digamos, un *decir* o un significante sin referente cognoscible: sin posibilidad alguna de justificación, pero que no obstante puede mantenerse como posible). Está despojado de realidad sensible, o es un tipo de realidad infinitamente hueca, vacía de materia, de cuerpo. Al abandonar el afuera (del mundo) como posible-imposible la filosofía, hasta sus más sofisticadas y últimas ramificaciones, se vuelve empírica: filosofía de la inmanencia (como positivismo lógico, o composibilidad científica, o lingüística, etc.). No obstante el afuera *insiste*: desde el *animismo* “primitivo” hasta las sofisticadas teologías contemporáneas que pretenden absorber las corrientes místicas clásicas y las matemáticas modernas, el psicoanálisis y las diversas corrientes filosóficas actuales, *insisten* en una pura *expectativa...* de nada. La creencia en el *afuera* es casi un instinto, un *dado-absoluto* como *mundo*, algo así, podríamos decir, como el instinto de la búsqueda de *sentido*. No hay calma espiritual sino un incesante y acuciante deseo de transgredir lo *dado* y hacer, por medio de la fe, pues la razón ha quedado encerrada en sus propios límites, que el Otro absoluto sea una realidad, aunque sea la realización hipostática del ser humano en su inmanencia (a lo Feuerbach). Ni el pensamiento teológico ni tampoco una buena parte de la filosofía contemporánea aceptan el encierro de la inmanencia de la razón, buscando, mediante una actualización nominalista del vocabulario religioso y filosófico, abrir grietas

hacia el afuera, grietas que no sean únicamente las de la fe y las creencias en un Dios que, esencialmente, debe redefinirse a partir del giro epocal de la filosofía, a partir, digamos, de un “nuevo comienzo” post metafísico, o después de la “muerte de Dios”, del Dios de la onto-teo-logía y de todos los *fundamentos* metafísicos. Sin fundamentos, ya sea en el Ser, Dios, la Razón, la Voluntad o el Espíritu (todos arrastrados por la “muerte” de dios/de los dioses), los que se plantean como temas centrales, entre otros posibles, son el de lo *abierto* donde *se* da-manifiesta el *lo-se*, el *se* del *se*-da que dona la *donación* (un *se* ante el que impera -repito- el silencio). Sin fundamento nada permanece ni deviene (llamamos *ser* precisamente al devenir que destruye el ser mientras lo mantiene en su incesante destrucción-devenir (¿podría lo *Ereignis* nombrar la co-apropiación Ser-devenir como respuesta a la muerte del hombre? ¿en el vacío del hombre tachado se puede instalar el *devenir*? (cuando decimos muerte del hombre debe entenderse necesariamente la caída de la onto-teo-logía, el yo, el sujeto, la sustancia, la voluntad... y luego atenerse a ella...)).

Tal vez la palabra “Dios” caiga en el olvido para siempre. Es posible. Y también es posible que surjan nuevas palabras, nuevos silencios cargados de expectativas. Es posible que los hombres puedan “bailar y cantar”, no ante dioses idolátricos, como señaló Heidegger, sino en la libertad de un *más*, de un exceso ontológico que no sólo se niegue al *nombre* de “dios” sino que se niegue también, fundamentalmente, a su institucionalización... Incluso aunque esta posibilidad no se pueda visualizar en el espacio de la humanidad actual, digamos o reconozcamos que es una *posibilidad* (¿sobre qué presupuesto negaríamos su *posible*?) imposible de pensar e incluso de imaginar y que seguramente escapa al poder del hombre...no obstante queda como *expectativa*... de nada... decible... Aceptar esta indecidibilidad o inaccesibilidad, esta infinita nulificación en acto no sólo de las categorías sino de los presuntos referentes de las categorías, no conlleva necesariamente una posición nihilista absoluta (lo que plantearía una contradicción en sí: no podemos afirmar una *nada*, pues el propio enunciado niega esa nada; fue Hegel quien planteó una nada llena de... ser). Conlleva expectativa y aguardar de o en ese *lo*, ese *eso* o *se*, que no llegará nunca porque incluso su llegada implicaría su entificación y una

prolongación inevitable de la expectativa, al ser tragado todo y el Todo (ideal) por el devenir... Aceptar *lo* posible: “el ser posibiliza el pensamiento que posibiliza el ser” (Heidegger en la “Carta a Beaufret”) implica la idea de un mundo abierto a lo in-humano de un hombre (ya no hombre: lo *abierto*) libre, vale decir que no está pre-determinado por el Ser ni por nada (no sólo carece de *fundamento* sino que no es nada humano: lo otro-que-ser, que mundo, que dios, que pensamiento, voluntad, sujeto... ¡que hombre!).

c –

Jean-Luc Nancy, en el pequeño libro *Archivida* emplea el término “strucción” para hablar de la técnica y conducirnos al *presupuesto* (trascendental). Mejor dicho para des-situar la técnica de su lugar canónico y proyectarnos a su exceso (el *más*) ontológico o post-ontológico. Me parece que no puede hablarse de la técnica como un “suplemento” (Derrida) de la naturaleza, pues en este caso el encierro (la inmanencia) sería insuperable: en este nivel empírico todo es “naturaleza”, tanto una hormiga y su hormiguero como el hombre y sus robots son naturaleza. No construyendo-destruyendo sus creaciones, porque carece de fines, de proyectos, de conciencia-de-sí, sino siendo siempre su *ser* en un éxtasis-dinámico (¡oh paradoja!). No crea ni destruye: es su Ser (*infinito*). Nosotros, en este caso Nancy, *decimos* que construye. Pero más allá de construir-destruir hay que “dejar nacer el sentido” (pues tanto dejar como impedir pertenecen a esa naturaleza casi personificada; el consentimiento o el rechazo del hombre son avatares de la neutralidad de lo que llamamos *naturaleza*). No es el hombre el que “deja nacer el sentido” (el nacer lo imposible -un sentido o un sinsentido-) sino que todo ocurre en la realidad, no en el *real* hueco de la realidad. Nancy dice que “la construcción ha portado en ella misma el germen de la deconstrucción”, la que a su vez inaugura otra construcción cada vez más compleja, que podría decirse post-mundo: un “amontonamiento vertiginoso de trozos, partes, zonas, fragmentos...” que hace casi imposible “la distinción entre ‘sujeto’ y ‘objeto’...”. Lo que desaparece es nuestro viejo y querido *mundo*, o el *universo*... o “Dios”. Estamos ante “una creación continua donde se renueva y se relanza ince-

santemente la posibilidad misma del mundo -o bien de la multiplicidad de mundos” de los cuales “no podríamos dar cuenta”: “La técnica habría tal vez hurtado toda especie de fin último o de bien supremo...”. No obstante “puede haber un progreso” más allá de la construcción-destrucción efectuada por “un arquitecto o un mecánico del mundo”, o, agreguemos, por un Dios-creador, suplantado en este caso por la *strucción* en cuanto situada más allá del orden como un inédito des-orden (contingencia, fortuitidad, dispersión, errancia...etcétera.). No se trata del *aparecer* de un ser en sí (¿cómo sería posible saberlo?): “Nada precede ni sigue al ‘fenómeno’ que es el ser mismo”. Sin el trasfondo ontológico de un *en-sí* todo aparece en el aparecer como fenómeno (olvidando el *noúmeno* como mera hipótesis destruida pues ningún Ser sostiene al fenómeno desde afuera de sí) (sin embargo para Heidegger el ser al mismo tiempo se manifiesta ocultándose; pero si se oculta ¿cómo saberlo?). En realidad “todo remite a todo y todo se muestra entonces a través de todo” (esto re-envía a un conocido y antiquísimo apotegma místico retomado por los románticos alemanes y fundamentalmente por Hölderlin en su *Hiperión*).

¿Y Dios? Nancy aventura que es imposible, frente a la inmensa complejidad del mundo, la existencia de un designio (me parece más justa esta palabra que “diseño”) inteligente (“un *intelligent design*”) pero agrega la pregunta sobre si esta mutación técnica de occidente no plantea “la posibilidad” tanto de un dios arquitecto del mundo y al mismo tiempo alejado y no-presente. Pregunta que rebota contra la negación: “Es claro que toda representación de un *intelligent desing* está condenada al fracaso, ya que la ‘inteligencia’ no representa más que a ella misma...”. Es posible que la inteligencia como tal cierre la posibilidad, por antropomorfización, de una inteligencia creadora del o de los mundos, pero no cierra la posibilidad de una otredad de la inteligencia, de un *más* incognoscible del que la inteligencia sería una reducción (no el máximo del pensar sino el impensable y misterioso “más (u otro) que pensar” afirmado por san Anselmo). “Tenemos que prescindir de cualquier ‘designio inteligente’, eso ya no se discute” (la *muerte de dios*). Lo que sí se discute es la existencia de una “inteligencia primordial (...) que es mucho más amplia que la nuestra...”; se trata de una nueva hipótesis de lo que fue una hipótesis ya superada. A

esta seguridad insegura pues en “todas partes brota lo ilimitado” se enfrenta la “prudencia” gritando por la “detención”. Una detención imposible porque ya la técnica se ha apropiado, entretejiendo-sosteniendo-construyendo mundos con un sentido propio. “... La construcción llegando hasta el fondo para desfondarse [¿o tal vez no?] -o bien encontraremos cómo reconocer el ‘sentido’ a través de la *struccion* [¿lo trascendental?] allí donde no hay ni fin, ni medios, ni ensamblaje, ni desensamblaje, ni alto, ni bajo, ni este, ni oeste. Sino todo junto”. Este “avanzar”, pero hacia nada, o hacia el decir paradójico de lo que no se puede decir, llena el *hueco* con la palabra *sentido*, que es una repetición de la forma de lo mismo: Dios, Ser, Razón, Voluntad... Lo *posible* deviene *imposible*... Pero aquí cabe la pregunta por el saber implícito en tal afirmación, o ¿cómo, o sobre la base de qué fundamento, clausurar lo posible de un nuevo Acontecimiento más allá u otro-que-ser?

Luego aparece Dios -como problema o como palabra-. ¿Qué “Dios”? No el de la fe sino como “un hecho mayor de la cultura, de la lengua y del pensamiento”. No se trata, advertimos, del Dios de los monoteísmos, ni de los dioses paganos. Se trata, más allá de “sea lo que sea o quien sea”, de un “llamado” (el ¡Dios mío!) y de llamarlo. En este punto Nancy introduce el “Bendito los pobres de espíritu” del Maestro Eckhart, lo que equivale a rogar a Dios que “lo prive de Dios” [yo señalaría dos cosas: a) ser pobre de espíritu es no tener *yo* -con todas las consecuencias que esta supresión implica: no sólo decirlo sino vivirlo, pero ¿cómo? No cabe ninguna respuesta que se instituya como deber-ser: sin “yo” cada uno encuentra el vivir la vida; b) no estar en poder de la idolatría de la palabra “Dios”: el fetichismo de lo nominativo]. Se trata de librarse de la idea del Dios creador, pues Dios no sería un ente creador de entes sino que las llamadas criaturas son “la actualidad del acto divino y Dios *no es nada más que ese acto*” (yo subrayo). [¿Cómo saberlo? ¿Se trata sólo del *nombre* o se pretende un ser?]. Pero Dios (¿se refiere al Dios-idolátrico conceptual?) sólo sucede por medio de las criaturas o como criatura (aquí hay resonancia heideggeriana de lo *Ereignis* como co-apropiación de Ser/hombre: sin hombre no hay Ser, el Ser necesita al hombre para su manifestación, y el hombre a su vez necesita al Ser; no se trata de dos entes que

a posteriori se unen); Eckhart dice “yo soy el origen de que Dios sea Dios” (afirmación que exige lógicamente un *más que Dios*). Por eso la necesidad de librarse de Dios para alcanzar la pobreza del espíritu sin Dios y sin yo [sin “yo” implica abandonar todos los terrenos de la filosofía y las ciencias, donde el sujeto-yo es el pivote esencial de sus expresiones]. De otra manera: toda acción, y fundamentalmente la creación, transcurre “toda en él”. Para esto Dios debe salir de su “abismo” [¿ese abismo sería el más-que-dios platónico o la “divinidad” eckhartiana?]. A esto no es necesario “entenderlo”, pues “ella es la ‘verdad al descubierto tal como sale sin mediación del corazón de Dios’”. El más allá de Dios es su *eternidad*, la cual me implica e implica a todas las criaturas. No se trata, es la denegación última de Nancy, de una “mística” sino del “despojo ante el misterio” [pero el misterio es misterio *del yo-sujeto*, del dios, de la naturaleza, que se deponen para siempre en lo que *llamamos* misterio] que no es penetrado por la razón pues “está allí delante, enteramente manifiesto y accesible, pero sólo como despojo”; es un “golpe”, “un don y un empuje, un impulso”. Nancy empuja más allá de la teoría (“no se trata de un mero juego teórico”). El ruego a Dios implica relación con Dios y diferencia; si no hubiese diferencia no habría posibilidad de ruego: al pedir a Dios que me absuelva de él reconozco y ruego que se absuelva de sí (al menos para este sujeto-yo que ruega ser absuelto -o librado-, aceptando-negando la divinidad como abismo incluso de Dios: aceptando y negando la misteriosidad). En otras palabras, el ruego (el ¡Dios mío!) es de nadie (de yo, de sujeto) a nadie (de Ser, de Dios, de sustancia, de causa), un ruego sin sentido, vacío de todo sentido... Todo es absurdo pues da o dona como real el mero enunciado: la causa-de-sí (*causa sui*), y la creación a partir de la nada (pues presupone una nada que no sería Dios y un Dios absoluto que carecería de *esa* nada).

[La técnica, mejor dicho los mundos de la creación técnica superpuestos al mundo desnudo del ser humano, los llamados mundos paralelos inmiscuidos y tendientes a conformar una inconcebible unidad múltiple, ¿desplaza al “arquitecto” o ingeniero creador dejando sólo un hueco, un vacío (“infinito” diría Descartes), donde tanto el hombre como Dios se desploman en un inevitable aniquilamiento? Un hueco sin posibilidad de

nombre (ni Dios, ni Naturaleza, ni Hombre) pero a su vez presupuesto incognoscible de la donación posible-imposible de un otro-que-mundo... Pero la técnica ¿no arrastra también el *don* y deja sólo una huella desértica, sin sentido, una pregunta insistente y también sin sentido? Las inmensas y múltiples construcciones del hombre ¿son inútiles? Este hacer y ser *inútil* ¿será nuestro frágil, débil, falible sentido-sin-sentido, la “paradoja” del mundo considerado como “un cuento contado por un idiota”?].

d –

Los “científicos” cantan victoria. Un campeón mundial de ajedrez fue derrotado por una computadora, ya no se trata de hacer una inteligencia artificial que imite al hombre sino de una inmensa síntesis de puntos de conocimiento, organización y decisiones ramificadas indefinidamente, de máquinas con poder de improvisación y *decisión*... podríamos llamarla una síntesis simbiótica de una inédita co-pertenencia: “...ahora es la técnica la que engloba y determina las formas culturales, la ‘civilización’” dice Jacques Ellul en *Le système technicien*. Los matemáticos, desde Cantor hasta Gödel, Hilbert, Turin y tantos otros, penetraron en un espacio *insondable* que los enloqueció. Se trata de una “humanidad paralela”, de la “‘vida’ de los procesadores”, de “criaturas artificiales”, del *reino* de los robots (¡!). La revolución técnico-matemática se ha puesto en marcha. El *mundo técnico* se dispersa, errático, por todos los niveles del “mundo humano” (los bancos, la salud, los armamentos, las comunicaciones) envolviéndolos en una capa post-humana que se hace cargo tanto de la producción, la distribución, la planificación y esencialmente, esto es lo siniestro, de la *decisión*. Un mundo-técnico que penetra en los cuerpos y las “almas” de los seres humanos despojándolos progresivamente de lo que hemos llamado “espíritu”. Un mundo humano-ya-no-humano (¿pero qué?) sino reificado, donde caben todos los proyectos que aparecen como neutros, más allá de lo positivo y de lo negativo: una deriva sin más finalidad que su propio ¿ser? o ¿exceso? Un “hombre” (“ya no hombre”) rehecho a base de injertos y cuya vida tal vez pueda prolongarse indefinidamente, en cuyo cerebro podrán introducirse *cosas* o *aparatos* ilimitadamente pequeños que aumenten su capacidad de relacionar, de recordar, de

crear *al margen* de su soporte “humano”. Ya no se trata de ciencia-ficción, se trata de lo que está pasando en nuestras vidas, aunque no tengamos clara conciencia de ello (tal vez nadie la tenga y todo se realice involuntariamente, por una pura inercia sin contenido). Ese “hombre” “ya no-hombre”, y ni siquiera máquina, ingresará-sin-ser en un universo sin tiempo y sin espacio, posiblemente en un “mundo” (pero esta palabra carecerá o carece ya de sentido ante el emplazamiento ilimitado de puras potencias des-realizadas) sin auto-conciencia. Nuestra “edad” habrá desaparecido junto con el *yo*, con el *mundo* y con *dios* (últimos vestigios de una edad muerta que quedarán como vagos y lejanos testimonios de una época todavía *histórica*). Lo que así se abre es una incógnita en la que recién comenzamos a penetrar. Nos hallamos en el inicio de la utopía maquina realizándose. ¿La post-máquina/hombre podrá ser lo que alguna vez se pensó y nominó Dios, *algo* sin deseos, sin pensamientos, sin voluntad, *algo* sin que, o sin nada, en un vacío sin resonancia?

Si pensamos que este proceso se da en una progresión geométrica (a escala mundo recién comienza); que en consecuencia la potenciación del cerebro humano puede darse n veces con un resultado x , y que a su vez esta x puede producir indefinidos n veces, el resultado se vuelve inconcebible. Ahora bien, eso *ya* está dado. Habrá reacomodos geopolíticos, posiblemente guerras de exterminio, posiblemente la población humana se reduzca de manera substancial, posiblemente los *ordenadores* de todo tipo “re-ordenen” totalmente el mundo haciendo hasta de sus posibles fallas una positividad paradójal. Lo cierto es que el llamado “hombre” (¡y con él el “Ser” que le co-pertenece!) tiende aceleradamente a desaparecer transformándose en una X a la que aún no podemos nombrar (tal vez *no pueda tener nombre* pues todo nombre substancializa y limita -este fue el problema de la idolatría conceptual que subsumió al dios de la *edad* humana-). Sin embargo es posible que *eso* carezca de pasiones, de amor, de odio, de deseos, de sueños, y sea un funcionamiento, un algoritmo o potencias puramente fuera de toda materialidad/idealidad, actos sin finalidad... De nada vale lamentarse ni culpar al “hombre” pues se trata de Acontecimientos que irrumpen como formas inesperadas, cósmicas o moleculares, digamos, del azar. Acontecimientos imprevisibles e incom-

previsibles. Como si de pronto la tierra chocara contra una inmensa masa invisible, indetectable, tal vez inexistente. No hay categorías que rindan cuenta del Acontecimiento, *todo* puede suceder. Incluso la idea de creación y de donación pierden su valor teológico-filosófico. Lo absolutamente imposible del Acontecimiento borra todas las explicaciones “humanas”. Somos un Acontecimiento: por ejemplo el de la materia, el de la vida, el del habla. ¿Por qué hay *vida*? “¿Por qué hay *algo* y no nada?”, este “algo” es el Acontecimiento-co-apropiante-hombre-ser contra el cual se han devanado los sesos nuestros filósofos, teólogos y científicos durante siglos. Y aquí-ahora (es) *esto*. Este Acontecimiento (es) nombra lo que (somos). Y sólo otro Acontecimiento (¿acaso el posible-imposible “Dios divino” al que apela Heidegger como posibilidad utópica... de “salvación”?) podría “salvarnos”. Pero ¿salvarnos de qué y cómo? ¿de “eso” que sintetizaría y superaría tanto al hombre como a la máquina? ¿mediante una destrucción que diera lugar a un nuevo inicio (no un nuevo inicio de lo mismo, sino un nuevo inicio inimaginable e impensable, porque otro inicio *pensable* sería inevitablemente de lo mismo: del ente)? Palabras... porque del Acontecimiento, de su posible o imposible acontecer, no se puede hablar. ¿Es posible esperarlo? Toda espera es inútil. La supresión del hombre y de la máquina implica la supresión (o su desplazamiento insuperable) del Ser que, aunque indeterminado-inefable, sostenía y era sostenido por el hombre, y la máquina tanto como la post-máquina no pueden co-pertenecerse con el Ser (¿huida o muerte del Ser?) Porque la máquina es forma de lo inerte. ¿Y el más-allá del ser? Pero, ¿hay más-allá del ser? ¿Cómo saberlo si le pertenecemos al Ser así como él nos pertenece? Hablamos de la técnica y del ser como si fueran la actualidad de una *edad* sin advertir que esa edad ya pasó, que vivimos en su estela y en el inicio de ese irrisorio más-allá-del-Ser (aunque un *más allá del ser* sea imposible) (no obstante: “Con el ser, desaparece también la diferencia” [seminario de Le Thor, ed. Alción, p. 67]) ...

Decimos “perspectivas”... mientras tanto vemos el espectáculo que se desarrolla ante nuestros ojos, o, mejor dicho, vivimos en y como ese espectáculo que *somos*. Las perspectivas pueden dejarse de lado como signos amenazadores e incluso podrían desearse para vivir la experiencia

de ser-otro al mismo tiempo que ser-el-mismo... Nuestro Acontecimiento es el *mundo* y dentro del mundo y como mundo el acontecer de lo que llamamos, como buenos ilusos, *yo*. Recién comienza en el “fondo de lo desconocido” lo nuevo del “nuevo inicio”: la computación, la cibernética, los teléfonos celulares, el genoma humano, el código genético, los viajes espaciales, los drones... Dentro de algunos siglos lo “nuevo” alcanzará su plenitud y después, durante milenios, se desarrollarán sus potencialidades. Dependemos de la vida del sol y desapareceremos con él, ¿o a *eso*, lo post-técnico-humano, lo sucederá un nuevo *milagro*, quiero decir otro Acontecimiento que salve a *esto* de la catástrofe? ¿Algún nuevo “Dios” (¿pero qué? ¿por qué “Dios”?) nos salvará (¿pero salvará a quién si no hay nadie?)? El Acontecimiento no puede ser un subrepticio Ser o Dios que suplante con otra forma lo mismo (la onto-teo-logía). El Acontecimiento (es) precisamente lo no-dios y lo no-ser, el no-fundamento, la no-esperanza [¿pero cómo saberlo?] ¿Entonces (no hay entonces) qué es (no hay es) el Acontecimiento? ¿Podemos enunciar-aventurar un nihilismo positivo absoluto? El círculo vicioso se cierra. En realidad no es un círculo sino una tumba... lo demás son “palabras...”... o “el silencio de los espacios infinitos”... o vaya a saber qué... ¿saber? ¿qué?